

Muchos libres pensadores se hicieron ateos, porque el Dios que se les presentaba como único verdadero Dios, condenaba en masa á sus criaturas por la más inexplicable de las faltas; una falta, cuya responsabilidad pesa sobre nosotros, á pesar de que no habíamos nacido cuando tan enorme pecado se cometió. Raynal llama al pecado original una *blasfemia impía*, y á la eternidad de las penas, una *atroz extravagancia*. Estas atrocidades eran ya rechazadas en el siglo pasado por los pensadores cristianos. La Sorbona sale á su defensa, y diríase que se propone unir lo ridículo á lo odioso. Confiesa que el dogma del pecado original es uno de los más oscuros; pero, dice, cuanto más incomprendible es, más cierto es que ha sido revelado. «¿Cómo concebir, en efecto, que el espíritu humano haya podido inventar un dogma tan extraño á todas sus ideas y admitirlo el universo?» ¡Oh sinrazon teológica, cuán admirable eres! ¡La extravagancia, el absurdo, se convierten en señales de origen divino! ¡Y para convertir á los incrédulos, ó al ménos para convencerlos de su error, se atreve la docta facultad á repetir en pleno siglo XVIII la frase de Tertuliano: *¡Creo, porque es absurdo; creo, porque es imposible!* Si los filósofos se hubieran dignado contestar á aquellos *gatos peludos*, les hubieran invitado á dar un paseo por el Oriente; les hubieran enseñado entre los Indios extravagancias más extravagantes aún que los misterios del cristianismo; y si aquellos absurdos no les hubieran parecido suficientes, hubieran visitado en compañía de los doctores de la Sorbona una casa de locos: allí hubieran encontrado de véras la sinrazon; las alucinaciones de los cerebros enfermos ¿son tanto más santas cuanto más incomprendibles? (1).

Raynal, sea por táctica, ó por un resto de respeto hácia Cristo, queria echar sobre los teólogos la responsabilidad de aquellos famosos misterios: «Ellos son, dice, los que han imaginado los castigos eternos reservados para los malos; aprovecharon la debilidad de la infancia para inspirar terror eterno á la razon.» ¡Cosa notable! El incrédulo del siglo XVIII está en este punto conforme con los protestantes avanzados de nuestros tiempos; también éstos rechazan esa espantosa creencia y la imputan á los teólogos. Este es

(1) *Censura*, en RAYNAL, *Historia*, Suplemento, p. 306.

el único medio de salvar el cristianismo. Pues bien; es tal la ceguedad, íbamos á decir la imbecilidad de sus defensores oficiales, que hacen todos los esfuerzos posibles para probar que Jesucristo ha enseñado la eternidad de las penas: «y estamos obligados á creerlo, añade la caritativa Sorbona, sopena de incurrir en esos castigos que no han de tener fin.» Si esta fuese la última palabra del cristianismo, bien pudiéramos decir que la religion cristiana habia concluido. ¡Así sirven los apologistas á la causa de la religion!

Semejantes apologías eran más propias para difundir la incredulidad que para curarla. Los defensores de la Iglesia acabaron por ver que sus esfuerzos eran estériles; se consolaron diciendo que la incredulidad habia sido predicha por los apóstoles, que era un signo precursor de los últimos tiempos (1). También ha dicho Jesucristo que el mundo no duraria más que la generacion que le escuchaba. Esto significa en el lenguaje profético, lenguaje de los soñadores, que el fin del mundo queda indefinidamente aplazado. ¡Vaya con el fin del mundo! Había, efectivamente, un mundo que se iba, y deprisa. Estamos en 1787. Se habla ya de la convocacion de los Estados generales. El mundo antiguo muere; un nuevo mundo se abre. Todas las apologías, todas las predicciones, todas las reacciones, no le impedirán reemplazar á las instituciones y á la religion del pasado.

## § VI. — ¿Quién triunfa?

### I.

¿Cuál fué el resultado de la larga lucha á que acabamos de asistir? La Iglesia conservó su poder hasta la revolucion de 1789. Tenía de su parte el apoyo de la fuerza material y todos los intereses inherentes á la conservacion de las antiguas instituciones.

(1) *Prueba breve, sensible, convincente y persuasiva de la religion católica romana* (Lieja, 1787), p. 120 y sig.

Pero la proteccion de la fuerza debilita las creencias religiosas en lugar de robustecerlas; porque prueba que la religion va perdiendo su imperio sobre los ánimos; y ¿qué es una religion que no ejerce influencia sobre las almas? La resistencia que la Iglesia opuso á la corriente que arrastraba á la sociedad, las persecuciones que hizo sufrir á los libres pensadores, exasperaron á todos los que habian abandonado la fe oficial. De aquí ese ódio violento contra el catolicismo y ese concierto de maldiciones contra los sacerdotes, que estallan en vísperas de la revolucion; es el estampido del trueno que anuncia el furor de la tempestad. Voltaire no es escuchado ya; Rousseau predica en el desierto. ¿Quién tiene la culpa? ¿La filosofia? Esto es acusar á los diques porque son impotentes para contener las aguas del mar irritado.

Voltaire tenía por corresponsal un rey incrédulo, Federico II. ¡Espectáculo nunca visto en la historia! No porque hayan faltado príncipes incrédulos. Desde el siglo xv se los acusa de hacer de la religion un instrumento de su grandeza, lo cual no denota una fe muy viva. A partir de la reforma, creyeron prudente afectar creencias que despreciaban. Si Federico desatendió estos cálculos de la política, es porque conocia que no los necesitaba; era una señal de los tiempos, y de las más significativas. Voltaire, rey tambien, pero rey sin bayonetas, no tenía aquella ruda franqueza. Toda su vida representó una comedia respecto de la Iglesia. Federico le echó en cara aquella hipocresía ó aquella cobardía. Cuando Voltaire publicó su *Diccionario filosófico*, tuvo miedo de que lo atrevido de los pensamientos le suscitase persecuciones en su avanzada edad; decia á todo el mundo que el *Diccionario* no era suyo. ¿Qué piensa de esto el rey de Prusia? Escribe al filósofo de Fernel: «¿Qué edificante circunspeccion en los artículos que se refieren á la fe! De seguro que vuestras reliquias han de hacer milagros.... ¿Dónde está, pues, el espíritu filosófico del siglo xviii, si los filósofos, por miramientos hácia sus lectores, apénas se atreven á dejarles entrever la verdad?» (1). Despues de la muerte de Voltaire, Federico escribió á d'Alembert que su comun amigo habia

(1) *Obras completas de FEDERICO*, t. xxiii, p. 182; *Carta* de 29 de Enero de 1771.

tratado con demasiada consideracion al cristianismo: «¿Qué oprobio para el clero de Francia, haberse ensañado tan tercamente contra el grande hombre que hemos perdido! Sostengo que esos tonsurados son unos ingratos. Muchas veces Voltaire ha quitado el hierro á las flechas que les lanzaba, para que las heridas no fuesen demasiado vivas. Si álguien tuviese con ellos ménos consideraciones, podria aplastarlos para siempre, porque aún no se ha dicho todo. Los filósofos han hecho algunas escaramuzas por diferentes lados; pero esos charlatanes de la supersticion no han sido aún atacados á fondo, batidos y disipados enteramente. Las armas están preparadas para este combate, y si yo fuese jóven, atacaria como Hércules á esa hidra de Lerna, esa hidra pontificia, cuyos vicios concentrados hacen renacer sus cabezas. Por una parte, la verdad desvanecería sus absurdas fábulas; por otra, la virtud pondria de manifiesto el tejido de crímenes con que se ha manchado la jerarquía eclesiástica. Pero estas armas necesitan ser manejadas por manos vigorosas, y las mias están atacadas de gota» (1).

¡Qué viveza de ódio, y qué insultante desprecio! Los dogmas cristianos inspiran á Federico verdadero disgusto; escribe á Voltaire: «La antigüedad no ha imaginado nunca un absurdo más atroz y más blasfematorio que el de comerse á su Dios. Es el dogma más irritante, el más injurioso al Sér Supremo, el colmo de la locura y de la demencia» (2). La historia del cristianismo es la historia de nuestros extravíos: «Todo el universo ha sido imbécil, desde Constantino hasta Lutero, en disputar en una jerga ininteligible acerca de visiones absurdas, miéntras la Iglesia cimentaba su poder temporal á favor de la credulidad y de la estupidez de los príncipes y de las naciones» (3). Cuando Federico dice que la credulidad humana ha durado hasta Lutero, no se ha de creer que atribuye al protestantismo el renacimiento de la razon; ni es protestante ni católico, es libre pensador. A la filosofia, dice, debe su libertad la humanidad: «Los filósofos, esas almas divinas, nacidas de la razon universal, son los que, enseñando á pensar á los

(1) *Obras de D'ALEMBERT*, t. xviii, p. 228.

(2) *Carta* de 19 de Marzo de 1776 (*Obras de FEDERICO*, t. xxiii, p. 371).

(3) *Carta* de 1779 á d'Argens (*Obras de FEDERICO*, t. xix, p. 317).

hombres, han libertado su espíritu de los cuentos de *Barba azul*, consagrados durante mucho tiempo por bribones con sotana. Por esto me gustan los filósofos, y por esto todo hombre sensato debería levantarles altares; yo dedico uno al Anaxágoras de la Enciclopedia (d'Alembert) y le digo: «Mi buen sentido bendice tu razón superior, que vuelve su juego á los entumecidos resortes del entendimiento de los hombres, y les enseña á examinar, á combinar, á desconfiar de sí mismos y á no creer sino los hechos consignados por la experiencia» (1).

Federico es deísta como Voltaire, pero lleva más allá que su maestro el odio al cristianismo. Parece un sectario del barón d'Holbach; sin embargo, no le gustaba el *Sistema de la Naturaleza*, quizá porque su autor atacaba á los reyes tanto como á la religión; por lo demás, tenía todo el fanatismo anti-religioso de la escuela materialista. Prueba de que había un movimiento general en los espíritus, una reacción violenta contra la dominación sacerdotal, porque lo que principalmente exasperaba los ánimos era la impostura de los bribones tonsurados. Ocurrióle á Federico una idea singular: la de escribir un compendio de la historia eclesiástica de Fleury, en sentido filosófico por supuesto. El prefacio es un verdadero libelo: «La historia de la Iglesia, dice el rey, nos presenta la obra de la política, de la ambición y del interés de los sacerdotes; en lugar de encontrar en ella el carácter de la divinidad, no se observa en ella más que un abuso sacrilego del nombre del Sér Supremo, del cual se sirven ciertos impostores venerados como de un velo para encubrir sus pasiones criminales» (2). La obra de aquellos bribones consagrados es digna de los que la forjaron. Federico toma al pie de la letra la calificación de *infame* dada por Voltaire á la religión de los sacerdotes, pero la aplica á la religión misma; á sus ojos el cristianismo no es más que superstición. Dió rienda suelta á su desprecio en un *Capricho*, bajo forma de *Sueño*, dedicado á Voltaire: «Habiendo vuelto en mí de mi éxtasis, descubrí una gran ciudad. Pregunté el nombre

(1) Carta de 23 de Julio de 1772 á d'Alembert (*Obras de FEDERICO*, t. XXIV, p. 571).

(2) *Obras de FEDERICO*, t. VII, p. 144.

de la ciudad, y se me dijo que su nombre de bautismo era *Sion*, y su nombre de guerra, *Infame*. Estaba construida de materiales que en nada se parecían á aquellos de que se fabricaban nuestras ciudades.... El genio que me conducía me dijo: Los cimientos están hechos de sueños vacíos, el mastic está compuesto de milagros; esas piedras pesadas han sido sacadas del purgatorio; esas otras más brillantes proceden del paraíso.... Estaba fortificada á la antigua, con torres, cuyos nombres eran: La torre de la imbecilidad, la de las preocupaciones, la de la superstición, la del fanatismo.... La ciudad está atacada por los herejes, por los libres pensadores, y finalmente, por Voltaire, que la arruina casi por completo; no quedan para defenderla más que viejas decrepitas y un vil populacho» (1).

En la *Historia de mi tiempo* Federico considera con satisfacción los progresos hechos por el libre pensamiento, y siempre en términos despreciativos para el cristianismo: «Los filósofos, dice, dieron á la religión un golpe mortal. Los hombres empezaron á examinar lo que habían adorado estúpidamente; la razón venció á la superstición; desecháronse las fábulas á que ántes se había prestado fe: el deísmo, ese culto sencillo del Sér Supremo, adquirió muchos sectarios» (2). No tiene razón Federico en llamar á su deísmo un culto, porque Dios es para él poco más que una idea, mejor aún, una palabra. En los *Recuerdos de Thiebault*, su secretario, se lee: «Creo buenamente, me decía un día, que hay un Dios; pero me figuro que no se cuida mucho de las criaturas. ¿Qué son á sus ojos ni aún los hombres? Infinitamente ménos que las hormigas respecto de nosotros» (3).

Voltaire dudaba á veces de la inmortalidad del alma; pero la creencia mucho más arraigada de una justicia divina triunfaba en él. No sucede lo mismo en Federico; niega positivamente que el alma sea inmortal. En una *Apología del suicidio*, escrita en verso, expone tan desconsoladora convicción:

(1) *Obras de FEDERICO*, t. XV, p. 21.

(2) *Ibid.*, t. II, p. 36.

(3) THIEBAULT, *Recuerdos*, t. I, p. 52.

*Pour connaître ce que nous sommes,  
Je ne m'adresse point à la religion.  
J'apprends de mon maître Epicure  
Que du temps la cruelle injure  
Dissout les êtres composés, etc. (1) (a).*

Esto no es una fantasía de poeta; el gran rey no tenía vena poética, no obstante su manía de hacer versos. Escribió su *Apólogo del suicidio* en las circunstancias más críticas de su vida, en medio de los horrores de la guerra de los siete años; acosado por la Europa entera, el héroe prusiano se creía próximo á sucumbir; estaba decidido á darse la muerte, si era vencido. La víspera de una batalla que había de decidir de su corona y de su vida, escribió los versos que preceden; en aquel momento solemne en que el sentimiento religioso se aviva, por débil que sea, Federico negó la inmortalidad del alma. En su vejez siguió negándola, y siempre en verso, escribiendo á su amigo Anaxágoras. El infierno era para aquel espíritu libre un espantajo; deja este cúmulo de absurdos para la estupidez de los devotos. Quiere pensar como se pensaba en el senado de Roma, como pensaba Julio César (2).

Federico pensaba acerca de Cristo y su obra lo mismo que hubiera pensado el ilustre Romano, si hubiera tenido noticia de que un judío oscuro estaba predicando en la Judea. En una carta á Voltaire le llama aprendiz de carpintero judío (3). Hé aquí lo que dice de Jesucristo en el prólogo que puso al frente de su *Compendio de la Historia eclesiástica de Fleury*: «Un Judío de la hez del pueblo, de nacimiento dudoso, que mezcla los absurdos de las antiguas profecías hebraicas con los preceptos de una buena moral, al cual se atribuyen milagros, y que acaba por ser condenado á un suplicio ignominioso, es el héroe de esa secta. Doce fanáticos se extienden desde el Oriente hasta la Italia....» El rey filósofo tiene la perspicacia del odio; ve muy bien que Jesucristo no ha dicho en términos claros que él sea Dios; hace ver que en la primitiva

(1) *Obras de FEDERICO*, t. XIII, p. 157 (del año 1757).

(a) Para conocer lo que somos, no apelo á la religion. Mi maestro Epicuro me enseña que la accion del tiempo disuelve todos los seres compuestos, etc.

(2) *Epistola á d'Alembert* de 1773 (*Obras*, t. XIII, p. 109).

(3) *Carta* de 27 de Junio de 1775 (*Obras*, t. XXIII, p. 371).

Iglesia no se le veneraba como á tal. «¿Quién no ve, dice, al recorrer la historia de la Iglesia, que todo es obra de los hombres? ¿Puede creerse en la diversidad de opiniones que van estableciéndose sucesivamente, á las cuales se añade ó se quita, y que varían segun la voluntad ó el interes de los sacerdotes?» (1).

Federico no era de la opinion de los políticos, que creen en la eternidad del cristianismo á la par que lo desprecian como un cúmulo de supersticiones. No porque tuviera buena opinion de los hombres y ménos aún del pueblo; pero el absurdo de la religion cristiana le parecia tan evidente, que no podia creer en su duracion. Escribe á Voltaire: «La infame no produce más que yerbas venenosas.» Aplauda la guerra astuta que le hace el incrédulo de Ferney: «Me parece muy bien, dice, el método de dar papirotazos á la infame, aparentando con ella gran cortesía» (2). No duda del resultado de la lucha: «El hacha ha tocado á la raíz del árbol; el edificio, minado en sus cimientos, va á desplomarse» (3). La decadencia de una religion antigua, de una religion que había sido la de su infancia, no le inspira conmiseracion ni sentimiento; insulta su decrepitud: «La infame ha tenido la misma suerte que las meretrices. Miétras ha sido jóven ha sido adulada; ahora que es vieja, todo el mundo la ultraja» (4).

No hubiéramos reproducido estas injurias propias de un soldado, si no tuvieran un interes histórico. Se acrimina á la revolucion francesa por sus bacanales irreligiosas: cierto es que al leer la historia de aquellas escenas de desorden, el corazon se revuelve de disgusto. Pero cuando se estudia el movimiento de las ideas ántes de 1789, se comprende la explosion que tuvo lugar en 1793. Acabamos de oir á un rey; si no lo conociéramos, hubiéramos podido creer que era el *Père Duchesne*. Federico el Grande habla lo mismo que hablaron algunos años más tarde Hébert y Chaumette. ¿Qué señales de los tiempos! ¿De dónde procedia aquel desbordamiento de odio al cristianismo? La Iglesia ambiciosa había abusado de los sentimientos más respetables, para convertirlos en ins-

(1) *Obras de FEDERICO*, t. VII, 133-135.

(2) *Carta* de 16 de Marzo de 1771 (*Obras*, t. XXIII, p. 188).

(3) *Ibid.* de 5 de Mayo de 1767 á Voltaire (*Obras*, t. XXIII, p. 135).

(4) *Ibid.* de 25 de Noviembre de 1765 (*Obras*, t. XXIII, p. 93).

trumento de dominacion; habia fomentado la estupidez humana para explotarla: ¡la Iglesia tiene la culpa de que la religion fuese despreciada y odiada como una impostura!

## II.

Era una opinion general. Voltaire tenia otro corresponsal, el filósofo á quien Federico llamaba su Anaxágoras. Nadie ménos apasionado que d'Alembert; era matemático y llevaba al estudio de las letras el rigor y la calma de las ciencias exactas. En su correspondencia con d'Alembert es donde Voltaire termina todas sus cartas con aquella frase famosa: *Aplastad á la infame*. Su amigo le responde: «*Aplastad á la inf.....*, me repetís incesantemente. Dejadle que se precipite por sí misma; lo hace más deprisa que lo que creéis. ¿Sabéis lo que dice Astruc? *No son los jansenistas los que matan á los jesuitas, sino la Enciclopedia, vive Dios, la Enciclopedia*. Bien pudiera ser así, pues ese pícaro de Astruc es como Pasquin, y á veces habla con bastante buen sentido. En cuanto á mí, que en este momento lo veo todo de color de rosa, contemplo desde aquí á los jansenistas muriendo el año que viene de muerte natural, despues de haber hecho perecer este año de muerte violenta á los jesuitas; veo la tolerancia restablecida, los protestantes reconciliados, los sacerdotes casados, la confesion abolida y la *infame* aplastada, sin que nadie lo haya echado de ver» (1).

Hasta los ungidos del Señor participaban de estas ideas. En el siglo pasado excitó poderosamente la atencion el testamento de Juan Meslier, cura de una aldea de Champagne: Voltaire se apresuró á darlo á conocer. D'Alembert, á quien lo envió, le respondió: «Me parece que en la tumba de este cura podria escribirse lo siguiente: *Aquí yace un honradísimo sacerdote, cura de aldea, que, al morir, ha pedido á Dios perdon por haber sido cristiano, demostrando de este modo que noventa y nueve borregos y un hijo de Champagne no suman cien animales*. Sospecho que el extracto de su obra es de un Suizo que entiende muy bien el frances. Es claro,

(1) Carta de 4 de Mayo de 1762 (*Obras de VOLTAIRE*, t. LXII, p. 193).

contundente y enérgico, y bendigo al autor del extracto, sea quien fuere:

*C'est du Seigneur la vigne travailler* (a).

(J. B. ROUSSEAU.)

» Despues de todo, mi querido filósofo, esperemos un poco de tiempo, y que sé yo si todos esos libros serán necesarios, ó si el género humano tendrá bastante entendimiento para comprender por sí mismo que tres no es igual á uno, y que el pan no es Dios. Los enemigos de la razon están haciendo en este momento la triste figura, y creo que se les puede aplicar lo que dice aquella cancion:

*Pour détruire tous ces gens là,  
Tu n'avais qu'à les laisser faire*» (1) (b).

No era el cura Meslier el único ministro de Dios que abandonaba los altares de Jesucristo, sin perjuicio de seguir engañando al pueblo. Hay que dar las gracias á los que tuvieron valor para romper abiertamente con la Iglesia. Tal fué el abate Raynal. La Sorbona le censura por repetir cien y cien veces la espantosa blasfemia de que el cristianismo es la más despreciable de las supersticiones. Raynal creia, como todos los libres pensadores, que el cristianismo se moria. Creia, como Rousseau, que era necesario proclamar los principios de la religion natural y hacer de ella una ley para la sociedad civil. Como se ve, Robespierre tuvo sus precursores entre los filósofos: «La incredulidad, dice el abate, ha llegado á ser demasiado general para que se pueda esperar con algun fundamento devolver á los antiguos dogmas el ascendiente de que han disfrutado durante tantos siglos.... Seria un rasgo de prudencia por parte de los gobiernos tener un mismo código moral de religion, del cual no fuera permitido separarse, y entregar el resto á discusiones indiferentes para el reposo del mundo. Este seria el medio más seguro de matar insensiblemente el fanatismo

(a) Esto es trabajar la viña del Señor.

(1) Carta del 31 de Marzo (*Obras de VOLTAIRE*, t. LXII, p. 186 y sig.).

(b) Para destruir á todas aquellas gentes te bastaba con dejarlas obrar.